

Alma de pueblo y genio de ciudad

Cuentan las viejas lenguas (que en Ejea son muchas y bien afiladas) que este magnífico pueblo fue conquistado por caballeros, que bajaron del caballo porque ya olía a ternasco. Ubicado en pleno corazón de las Cinco Villas (de las cuales, somos la primera, como bien dice nuestra Habanera).

Todo en Ejea parece sacado de un cuento, un cuento escrito por un mozo después de haberse bebido un melocotón con vino en la ronda de San Juan.

La Iglesia de Santa María se muestra como una señora en lo alto del pueblo que te mira con ojos de “aquí se reza o se reza”, mientras que El Salvador parece más discreta, pero guarda más secretos que aquel vecino en la partida del bar. Dicen que, en Ejea, los olivos no dan aceitunas: dan milagros. Y la encargada es ella, la Virgen de la Oliva, que no solo cuida del pueblo, sino que incluso después de ofrecerle flores nos bendice consiguiéndonos una terraza en plena Avenida para tomar vermú en su día.

También tenemos el Parque Lineal del Gancho, que suena a atracción de las ferias, pero en realidad es un sitio muy majico para pasear, merendar un bocata o disfrutar de las noches a la fresca con sus conciertos, y como digno “Nueva York en pequeño” que nos dicen, tenemos nuestro propio Central Park.

Y qué decir de las migas de los almuerzos, las tapas, las tortas de las rondas o esas brasas y paellas que preparan los peñistas. Hay mesas donde la conversación empieza con un “¿Qué pasa pues, co?” y termina con la típica conversación de “Este año sí que ascendemos” refiriéndonos al Real Zaragoza, pero que al final, nunca es ese año.

Además de la comida, también somos muy buenos deportistas. ¿Qué nos decís de las 72 horas de “futbito” donde sabemos cuándo entramos al poli pero no cuando salimos? Del ascenso que vivimos de nuestro S.D. Ejea que celebramos gritando a pleno pulmón todos juntos en la Plaza de la Villa “El azul y el blanco nuestro símbolo de unión, el Ejea es el mejor”. Y qué de deportistas han dado renombre a nuestro pueblo alrededor del mundo: Zapater, Soro, María Laborda, Andrea Merín, María Caraballo... ¡qué orgullo!

Pero si hay algo que realmente convierte a Ejea en sitio que admirar son sus fiestas, ¡madre mía qué fiestas! Semana Santa, las Fiestas del agua o Aguachumei para los de interpeñas (muchas veces dignas de su nombre) con sus masas corales que dan renombre a nuestro pueblo por todo el panorama nacional. San Juan con sus jotas, hogueras y ronda por Bañera. Y la guinda del pastel, las Fiestas de la Virgen de la Oliva, en septiembre, donde todo el mundo se transforma: los que no bailan, bailan; los que no beben, beben (agua, claro); y los que no cantan, de repente se arrancan con una jota para amenizar la sobremesa. Charangas desde el punto de la mañana, chupinazo, cabezudos, gigantes, almuerzos, rutas, encierros, orquestas, fiestas multiculturales, jotas, toros de fuego de los que no te puedes fíes, a ver si te va a pillar un “borracho”, misas baturras, muchos vermús, y por supuesto, los conciertos de Tako y de la Troba, que nunca pueden faltar. Y así, nueve días. Bueno, diez, que también tenemos prefiestas, porque a juerguistas no nos gana nadie.

Si has oído hablar de un pueblo grande y majo, eso es Ejea. Si vienes, repites. Y si repites, ya no te vas. Como bien dice el dicho, “quién bebe agua del parque de Bañera, vuelve a Ejea”. Y es que Ejea no es solo un pueblo bonito con gente maja y tozuda. Es una manera de vivir. Es historia con sabor. Es una jota cantada con el corazón.